

ISSN: 0210-7287

DOI: <http://dx.doi.org/10.14201/1616201993566>

SINTAXIS ALFABÉTICA Y REPRESENTACIÓN TEXTUAL: DE LAS BIBLIOTECAS Y LA MEDIACIÓN DE SUS CATÁLOGOS¹

Alphabetic Syntax and Textual Representation: Of Libraries and the Mediation of their Catalogues

Paula PÉREZ-RODRÍGUEZ

Princeton University

paulap@princeton.edu - paulaprzrodz@gmail.com

Recibido: junio de 2019; Aceptado: septiembre de 2019; Publicado: diciembre de 2019

Ref. Bibl. PAULA PÉREZ-RODRÍGUEZ. SINTAXIS ALFABÉTICA Y REPRESENTACIÓN TEXTUAL: DE LAS BIBLIOTECAS Y LA MEDIACIÓN DE SUS CATÁLOGOS. *1616: Anuario de Literatura Comparada*, 9 (2019), 35-66

RESUMEN: ¿Cuál es el problema de los catálogos digitales para las humanidades? ¿De dónde viene? ¿Cómo solucionarlo? El siguiente artículo, que indaga en una capa de la investigación literaria y del acceso a los libros habitualmente dejada de lado en los estudios culturales y literarios, trata de ofrecer respuestas tentativas a estas preguntas. Para ello, realizo una aproximación crítica a la disciplina de la «Lingüística documental» y sus procesos de «organización racional» y «normalización», entendiéndola como una especialización científica de la sen-

1. Este texto debe su concepción, además de a los diálogos acontecidos en *NEMLA*, al proyecto *Encabezamientos de Materia* (Biblioteca de la Facultad de Bellas Artes, UCM) y a sus organizadores: Alejandro Simón, Alejandría Cinque y Javier Pérez Iglesias.

sibilidad del humanismo ilustrado. A continuación, me encargo de unos casos de estudio a partir de los catálogos digitales de la Universidad Complutense de Madrid, la Universidad de Princeton y WorldCat, a partir de los cuales muestro las limitaciones que el sistema de los «lenguajes controlados» plantea para todas aquellas experiencias de lectura y escritura divergentes con respecto de una hegemonía dada. Por último, propongo abrir los catálogos a la tecnología OCR, como una posible alternativa a las exclusiones que el actual sistema por materias plantea.

Palabras clave: Humanidades; Catálogos; Ilustración; Modernidad; Lingüística Documental; Bibliotecas; Alfabeto.

ABSTRACT: What is the problem that digital catalogues pose for the humanities? Where does it come from? How can we solve it? The following article deals with a layer of literary studies and access to books that is not usually accounted for: their classification and its limitations. I aim to offer some tentative answers to the questions raised. To this end, I critically approach the rationalizing and normalizing principles of the discipline of «Documentation Science», giving an account of it as a scientific specialization of the sensitivity proper to the Enlightenment humanism. Next, I offer some case studies using the digital catalogues of the Complutense University of Madrid, Princeton University and WorldCat. With these examples, I show that the «controlled languages» of the libraries limit divergent and radical experiences of writing and reading in unethical ways. To conclude, I propose opening catalogues up to the OCR reading technology, as a possible alternative to the exclusionary logics that determine the current indexical system.

Keywords: Humanities; catalogues; Enlightenment; Modernity; documentation; libraries; alphabet.

1. INTRODUCCIÓN

¿Qué existe entre un lector contemporáneo y un libro cualquiera? Una pantalla, un navegador de internet: lo que responde Google a sus preguntas alfabéticas. Una persona, el recuerdo de su voz o de una idea: lo que nos ha dicho aquella, y decidimos apuntar. Un/a profesor/a, unos apuntes, lo que él/ella piensa, las teorías que le han llevado a pensar eso, la ideología/poder/disciplina/fuerza que le lleva a decir eso y no otra cosa. Una exposición, un comisariado, una revista, un tema que alguien recuperó para *el lector* y su presente, para que no nos perdamos en los mares del *infoglut*. O, en el caso del espacio interseccional de las bibliotecas y los ordenadores, una búsqueda por lo desconocido de un catálogo, una signatura, una materia, un autor o un título. Es

de esta última mediación de la que se encarga este artículo. ¿Qué pueden y qué hacen los catálogos digitales cuando escribimos nuestras búsquedas?

Pese al evidente trabajo de mediación de la experiencia lectora que se realiza en el proceso de catalogación, la relación del lector contemporáneo con aquello que ocurre en las salas de acceso exclusivo de las bibliotecas es de misterio y de lejanía. Aún más lejana de la experiencia de uso y lectura resulta la ordenación de los sentidos que las bibliotecas imprimen metódicamente sobre los libros: basada en los sistemas de catalogación decimal modelados desde Washington (Biblioteca del Congreso-EE.UU.) y en los ministerios (MEC, BOE – España), dicha ordenación parte de unos supuestos epistemológicos cuyos efectos sobre la experiencia lectora autónoma o autodidacta aún están por comprenderse.

Este abandono de la lectura a una abstracción lejana y no elegida no es casual, y ha de entenderse al hilo del surgimiento de *los otros estructurales* que el sujeto humanístico de la modernidad dejó fuera. Puestos en relieve por el «antihumanismo» (en general, entendamos por esta etiqueta a las escuelas de pensamiento que trataron de superar el antropocentrismo de la modernidad: marxismo estructuralista y postestructuralismo), la puesta en foco de los mecanismos de exclusión de sujetos ha dado, desde hace décadas ya, visibilidad a gays, niñas y niños, esquizofrénicos/as, independentistas, herejes, herejes de la herejía, yonquis, subversivas ortográficas, pobres, mujeres, etc. Tanta otra innombrabilidad. Sin embargo, no ha bastado señalar con el dedo a *lo menor* (Deleuze y Guattari 1978) para garantizar sus condiciones de existencia. Si el antihumanismo no bastó es porque, como explicó Rosi Braidotti (2013), mira hacia otro lado ante la necesidad de superar la segregación fáctica entre los estudios de subjetivación política (entre otros y principalmente, desde el existencialismo a los pensadores de la multitud, pasando por el postestructuralismo), que habitualmente cargan con la pesadumbre nostálgica de un mundo de cantidades menos obscenas y vigilancias menos elegidas, y los estudios de las relaciones humano-tecnológicas².

2. Como explica BRAIDOTTI (2013) en «The Posthuman Challenge», las/los intelectuales que han estudiado las nuevas formas de «bio-socialidad» o «pan-humanidad» que la presencia de la tecnología en la vida humana ha generado lo han hecho desde un marco de moralidad y/o normatividad socio-maquinica (habitualmente, sacralizando la idea del «individuo»). De este modo, bajo el escudo de su labor analítica se habrían pensado como *políticamente neutrales*: «Science and technology studies tend to dismiss the implications of their positions for a revised version of the subject. Subjectivity is out of the picture and, with it, a sustained political analysis of the posthuman condition» (BRAIDOTTI 2013, 40).

Aquellos que piensan desde el marco de las Humanidades tienden a considerar que su resistencia a la velocidad tecnológica del capital reside en agarrarse al clavo de lo analógico. ¿Se sospecha apenas el efecto secundario de la renegación tecnológica? Gran parte de la clave interpretativa de la que requiere una respuesta a esta pregunta puede encontrarse en la reflexión acerca de los catálogos digitales de las bibliotecas del mundo. Este artículo busca partir de dicha reflexión para indagar en los obstáculos estético-políticos e ideológico-epistemológicos que el actual sistema de indexación de las bibliotecas genera sobre las experiencias de lectura no regladas y sobre los ejercicios de escritura *menores* y/o radicales, contrarios o exteriores a una hegemonía dada. Sostengo que, bajo la falacia del descriptivismo, el orden clasificatorio de las bibliotecas genera efectos antidemocráticos sobre las experiencias de lectura y las publicaciones humanísticas.

El objetivo de este artículo es ofrecer una explicación de los modos en los que los lenguajes de indexación se enfrentan a lo legible y lo escribible en Humanidades, al tiempo que explicar el anclaje histórico de nuestras clasificaciones epistemológicas y sus terminologías. Para ello, ofrezco algunos ejemplos de búsquedas en catálogos digitales (Universidad Complutense de Madrid, Princeton University y el catálogo mundial Worldcat), que a día de hoy aún no han apostado por la apertura que el entorno digital posibilita a la clasificación por materias de las bibliotecas. Por último, planteo los efectos que una toma pública de las posibilidades de los lenguajes *anales*³ (Preciado 2009) podría tener de darse una mutación que pusiera el alfabeto, y no la idea fija, en el centro por medio del OCR. Si bien el problema analfabético⁴ en la era del alfabetismo digital no queda resuelto en estas observaciones, la intención de este artículo es sentar las bases para un diálogo que pueda generar modos de alterar las lógicas de sobrerepresentación e infrarrepresentación que determinan nuestros usos de las bibliotecas.

3. Tomo el adjetivo *anal* como metáfora de *lo injurioso al establishment*.

4. Lo analfabético se refiere a las operaciones verbales y de escritura que escapan al régimen alfabético convencional y normalizado que dejan ver el cuerpo de lenguaje que existe fuera de los corsés del significado y el significante. Tomo el término y la idea sobre lo «analfabético» de SALGADO (2014).

2. HUMANISMO ILUSTRADO. FONDO LEXICAL DE LOS CATÁLOGOS

Lo que hace la verdadera unidad de la Ilustración no es una ideología común, sino una doble herencia, a la vez conceptual y cultural: la Ilustración es primero un discurso, basado en un fondo lexical común, que se propaga por todos los países de Europa occidental a partir del último tercio del siglo XVII y da esa aparente homogeneidad a la expresión de las ideas ilustradas.

(Soubeyroux 1980, 1005-1006)

Los términos caducan. Lo dijo Kuhn en 1962, señalando la temporalidad de las terminologías de las ciencias. Al tiempo que axiomatizaba las etapas «vitales» de los términos (con cierta teleología sirviendo de fondo a su noción de diacronía), vaciaba los momentos de crisis y anomalías terminológicas de sus posibles condicionamientos políticos. Según *La estructura de las revoluciones científicas*, los paradigmas en las ciencias se habrían definido y estabilizado en varias etapas, siendo la de «normalización científica» aquella que, tras la emergencia de unos términos asociados a una teoría, genera consenso académico o social allá donde aparece. A una normalización científica siempre la acecharía su revolución, momento en el cual se desecharían algunos de sus términos o cambiarían totalmente su significado. Haciendo gala de cierto idealismo, Kuhn dejaba fuera del mapa los factores que podrían cuestionar la direccionalidad progresiva y positiva de ciencia y de política, manteniendo la fe en que siempre la verdad triunfa. Kuhn propuso para la política una estructura en la que, una vez aparecido el disenso, tras su cristalización en las masas, la revolución política cambiaba *necesariamente* las instituciones de un Gobierno. Olvidaba quizás, como no lo hizo Benjamin⁵, que más que el placer de la verdad operarían en los apogeos y fracasos de ciencia y política lógicas propias de la distribución y mantenimiento del poder, ante las que toda persuasión podría no bastar.

En 2016, el proyecto *Encabezamientos de materia*⁶ se hace una pregunta acerca de *lo permisible* en las instituciones de artes y humanidades a raíz de encontrar una referencia bibliográfica acerca de la homosexualidad

5. En «Sobre el concepto de historia», Benjamin hablaba de que el «enemigo no ha cesado de vencer» (REYES MATE 2006, 113).

6. Durante 2016, en la Biblioteca de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid, el colectivo *Avecilla Street* realiza, en colaboración con Javier Pérez Iglesias, un encuentro sobre publicaciones y colecciones digitalizadas de documentos *¿queer?* La descripción y detalles del proyecto y su (re)fundación (universitaria) pueden encontrarse en esta web: <http://encabezamientosdemateria.tumblr.com>.

bajo la materia «Aberraciones». Se decide a partir de este desencuentro generar unas jornadas y diálogos que apuntan a una comprensión de los términos en su temporalidad y que, esta vez sí, incorporase una dimensión política. Mientras que la teorización de Kuhn explica el *statu quo* y la historicidad de la terminología científica sin cuestionar su ideal neutralidad, el gesto de *Encabezamientos de materia* señala cómo el acto de nombrar, inevitablemente, incorpora una determinación política o, lo que es lo mismo: «no se nombra jamás: se clasifica al otro» (Derrida [1967] 2005, 143).

Encabezamientos de materia planteó generar un devenir-*queer* de libros, *tags*, lectores y espacios dentro de la biblioteca de la facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid. Praxis inevitable de las técnicas deconstructivas de la identidad sobre las que la teoría *queer* ha trabajado, la propuesta de *Encabezamientos de materia* de deconstruir el binomio materia-identidad implicaba, inevitablemente, la deconstrucción del par significativo-significado. En este movimiento se aparece la multiplicidad por la que la historia desata a las palabras de sus ficciones sincrónicas.

El doble neologismo «heterosexual»/«homosexual» fue acuñado por Karl-Maria Kertbery, activista pro derechos humanos, en 1869. El objetivo de Karl-Maria al acuñar estos neologismos era el de dar nombre «científico» a unas existencias que de facto se daban bajo marbetes de connotación despectiva, con el fin de legitimarlas: al nombrar lo homosexual como una diferencia frente a lo heterosexual, se dictaba una posición a favor de la visibilidad de las relaciones sexoafectivas que no encajaban en el binomio hombre-mujer. Estamos ante un nombramiento, de este modo, instrumental antes que referencial. La nominación, en una sociedad sin culturas LGTB codificadas al uso de la contemporaneidad, podría aquí entenderse, con Hocquenghem, como una *salida precaria* a «un deseo que ignora su nombre» (2009, 52). Sólo hicieron falta 17 años para que estos términos fueran tomados por el psiquiatra Richard von Krafft-Ebing con el objetivo político opuesto: la persecución de las personas no adaptadas a la norma sexual hombre-mujer. Con su apropiación, Krafft-Ebing se convertía en el verdadero protagonista de la historia de la palabra «homosexualidad» en las bibliotecas y, por muchas décadas en los libros, patologizando el término y las prácticas y desarrollando escuela médica y sueldos en torno a su «hallazgo», que a partir de entonces marcaría identitariamente ciertas formas de sexualidad cuyo estigma pasó a ser institucionalizado. Todo en uno. Las décadas que para 2016 llevaba en marcha la teoría *queer* no impidieron la operatividad del marco del psiquiatra en los catálogos digitales.

Aunque cualquier hablante puede producir infinidad de neologismos, solo una sociedad letrada puede dotarles del poder que requieren para triunfar y fijarse. Este tipo de éxito cultural, posibilitado por la imprenta,

especializa las acuñaciones léxicas, al tiempo que predefine el uso y sentido de cada sustantivo en relación a uno o varios paradigmas dados, designados letradamente. Las consecuencias de este modo de operar semántico, centralizado desde los discursos del saber (Foucault 2002), tienden a ser el aseguramiento de una hegemonía intelectual por parte de la élite de la «ciudad letrada» (Rama 1998) y una cierta comodidad cognitiva para la población disciplinada de hablantes y escritores que la habita, que queda por este gesto convertida en una comunidad de «usuarios».

La dependencia del conocimiento de un orden letrado lexicográfico tendría su origen en la Ilustración, la cual contiene y genera las bases epistemológicas de las actuales bibliotecas. Sin dichas bases, el engordamiento taxonómico del *tagging* bibliotecario de nuestra era sería sencillamente inverosímil. Ilustración: el momento de la razón. El momento de las luces. El momento, diría Soubeyroux, de los conceptos que reconocemos como propios. Es entonces cuando se genera la biblioteca moderna, organizada por temas, cuya configuración ha de entenderse como una rama material más de la explosión discursiva que, desde el siglo XVII, refiere Foucault (1992) darse en la sexualidad⁷. No solo en el sexo, sino en todas las esferas de lo pensable, nombrar salía gratis, y resultó ser muy productivo. La entrada en la modernidad provoca mutaciones discursivas en múltiples prácticas humanas⁸. El giro, si no simultáneo, es común a todas las geografías de la vieja Europa, según documentan los estudiosos de la historia del léxico español a partir del XVII (Dworkin 2012; Álvarez de Miranda 1992). No por casualidad, dentro de la Historia de la Lengua es el siglo XVIII el que los estudios variacionistas o dialectológicos encuentran aburrido: es entonces, también, cuando las reglas de fonética histórica de Menéndez Pidal parecen detenerse para dar lugar a *nuestro* castellano, con la emergencia del epítome del orden lingüístico-letrado, la Real Academia Española, fundada en 1713. Al enfrentarse al estudio del siglo XVIII, cualquier historiador de la lengua se ve obligado a tomar una decisión política: ¿obviar o no obviar

7. «En todas partes fueron preparadas incitaciones a hablar, en todas partes dispositivos para escuchar y registrar...» (FOUCAULT 1992, 44), pero no de cualquier manera. La economía restrictiva del sexo se impone en el nivel pragmático, mientras que el nivel terminológico se expande y se depura como ciencia natural.

8. Precisamente son contemporáneos de *La historia de la sexualidad. La voluntad de saber* ([1976] 1992) textos clave que detallan la construcción discursiva de otros elementos clave para la estructuración de la civilización occidental, como el deseo homosexual (su objetualización: véase HOCQHENGHEM 1972), la novela familiar del psicoanálisis (su implementación: véase DELEUZE y GUATTARI 1972) o algo más tardíamente, los nacionalismos (su imaginación: véase ANDERSON 1983).

la violencia de las medidas de control lingüístico llevadas a cabo, entre las que se encuentra la progresiva desviación de los sustantivos hacia su uso taxonómico contemporáneo? Teniendo en cuenta que, como es el caso de las Humanidades en general (incluida la moderna Lingüística), todo su esqueleto terminológico depende del fondo lexical común ilustrado, la Historia de la Lengua tiende a borrar de su relato la violencia fundacional que le permite constituirse, del mismo modo que las placas del Metropolitan Museum cuentan toda la historia de un objeto aborigen de Papúa Nueva Guinea salvo la de por qué acabó allí.

Las contradicciones temporales de la terminología de las Listas de Encabezamientos de Materia («LEM», nombre al que responden *profesionalmente* los tesauros temáticos de las bibliotecas) exhiben la gran paradoja de la Ilustración: arrastrar en la pulsión de progreso el deseo de estado consumado, esto es, la contradicción de avanzar con la fantasía de estar parado, y de pararse para siempre ante cada nuevo avance. El hecho de que las palabras clave de la Ilustración (cultura, civilización, educación, alumbramiento, erudición, buen gusto, razón, entre otras) impliquen procesos o cambios de estado para después designar principalmente entidades abstractas o cualidades esenciales (Williams 2003; hay ministerios de cultura, hay ministerios de educación, *v. gr.*) resulta expresivo a este respecto. La cultura se invoca como algo a poseer. La civilización, antiguo proceso (fijémonos en el sufijo *-ción*, propio de las acciones de verbos), se opone como realidad dada y reconocible a su otro, la barbarie. La educación se tendrá o no se tendrá.

De este modo, una serie de términos seculares se sacralizan y ocupan el lugar antaño ocupado por las imágenes y/o conceptos del Cristianismo. La proliferación terminológica que subsigue a este giro discursivo y que nos ocupa en las disciplinas académicas y las bibliotecas es una parte nuclear del proceso histórico de ambigüación de lo procesual de estos términos a favor de un sentido que apunte al estado-consumado. De este modo, se descubre que lo que en Lingüística se llama, desde la edición póstuma del *Curso de lingüística general* de Saussure (1916), sincronía (el presente de un momento lingüístico determinado, la lengua fuera del tiempo que se muestra como sistema) responde a una operación histórica de homogeneización semántica del *hacer* a favor del *ser*. La posibilidad de una lengua fuera del tiempo aparece, pues, vinculada a la aparición de un fondo lexical común de orden textual que se anuncia como verdadero y que conformaría la última gran religión⁹. La paradoja que encierra la combinación de sincronía y modernidad es

9. Hago esta afirmación en un sentido metafórico, pero véase por ejemplo BRAIDOTTI (2013, 31-37) para un sentido histórico-político. El humanismo sería la secularización de los

notable: si la premisa de partida es el estatismo, el progreso solo puede darse como ficción. De este modo, el estado consumado mantiene la creencia en el progreso como ficción a través de la proliferación terminológica especializada. Las Listas de Encabezamiento de Materias, que epistemológicamente son enunciadas como herramienta exacta y científica, se forman sobre la certeza de un presente consumado, debido a lo cual eliden los pasados y frenan los futuros. ¿Caducan acaso los términos?

Llamamos «Ilustración» a la discontinuidad histórica de la que parte el universo terminológico de las bibliotecas¹⁰. La problemática relación entre palabras como *civilización* y *cultura*; *interés*, *ambición*, *pasión* y *avaricia* (más relativas al sistema económico: *vid.* Hirschmann 2014); o *buen gusto*, *razón* y *erudición* (véase Williams 1993; confróntese Álvarez de Miranda 1992) da buena cuenta de las operaciones discursivas de la Ilustración, vigentes en nuestros catálogos. La discontinuidad de la era consiste, principalmente, en que el modo por el cual la disensión epistemológica es entonces controlada pasa a darse en el interior del lenguaje. Si bien otras formas de censura no dejaron de operar, la adopción de las formas y mecanismos léxicos de la Ilustración resulta ser el mecanismo de control más efectivo, en tanto determina un nuevo marco *común* de lo inteligible. La compulsiva creación de neologismos que tanto «ciencias sutiles» como «ciencias duras» desarrollan durante los siglos XIX y XX no hace sino reproducir fractalmente la fe en la univocidad, en tanto engordan, matizando, las divisiones que ya fueron establecidas por el siglo de las luces.

Las palabras *cultura* y *civilización*, según refiere Williams en su *Palabras clave*, fueron en el pasado, junto con *cultivo*, hasta cierto punto intercambiables en inglés. «*Cultura* como sustantivo independiente, un proceso abstracto, o el producto de ese proceso, no fue importante antes del S18 temprano y no es común antes de mediados del S19» (Williams 1993, 88). Al irse distinguiendo, *civilización* pierde su sentido de proceso, y pasa a identificarse con el orden burgués capitalista en Occidente. *Cultura* se mantiene polisémica, pero con un significado claramente dominante a

valores de la religión. En particular, la transformación de la salvación en emancipación en tanto doctrina.

10. No utilizo la palabra «Ilustración» en el sentido amplio de la lectura ofrecida por ADORNO y HORKHEIMER (*Dialéctica de la Ilustración*). Siguiendo a Marina GARCÉS en *Nueva ilustración radical* (2017), las críticas feroces a la Ilustración han de releerse como críticas a los procesos de modernización de las naciones europeas. Aquí me limito a entender por «Ilustración» al movimiento cultural también llamado «Siglo de las Luces», que, entre muchos otros cambios de índole tanto positiva como negativa, trajo el léxico pan europeo que compone los tesauros de los catálogos digitales.

nivel institucional: aproximadamente, el de un sistema autónomo de producción artística. Esta idea de cultura es la que queda precisamente asociada a la civilización, en un gesto de reincorporación controlada dentro de un orden de aquello que, por libre, aludía a «otros criterios del bienestar humano» (1993, 60). Habría que ver hasta qué punto, pues, las distinciones clave sobre las que se constituyen nuestras «democracias» y sus bibliotecas, como la que divide entre *alta* y *baja cultura* o la que separa a nuestras civilizaciones de la *barbarie* no son sino una fractalización de la relación entre *civilización* y *cultura*. En las bibliotecas, desde luego, se puede constatar una evidente torpeza a la hora de nombrar las culturas no burguesas. Hemos de sospechar que dicha torpeza se debe al modo por el cual lo que se expulsa de un orden epistemológico debido a sus formas (su estética y las rupturas políticas que esta incorpora) es luego reincorporado por medio de términos fijos, a menudo de forma contraria a la libertad con la que los repertorios léxicos operan por las afueras de *su* civilización.

El caso de la palabra *gusto* y de la expresión *buen gusto*, por el corte filológico-folk español de su historia, y por sus asociaciones con las palabras *erudición* y *razón*, merece atención. Menéndez Pelayo expresa su estupor en 1940 cuando descubre, como relata Álvarez de Miranda (493), que Juan Pablo Forner (escritor ilustrado, que lee la chocante información de un italiano) atribuye a «los españoles» la creación de la expresión *buen gusto*:

¿Fuimos realmente los inventores de ella? ¿Quién fue de los nuestros el primero que aplicó a los objetos del orden intelectual esta calificación del orden sensible, anunciando con esto solo el advenimiento de la estética *subjetiva* del siglo XVIII, que tanto usó y abusó de esta metáfora? (Menéndez Pelayo 1940, 359).

En esta pregunta Menéndez Pelayo sintetiza con pesar nacionalista las semánticas totalizadoras que caracterizan a los conceptos clave de la Ilustración. La expresión *buen gusto*, más que advenir subjetividad, parece conterla desde el principio: más que por su oposición al intelecto, precisamente porque el orden intelectual no se libra de la «sensibilidad» de juzgar qué es bueno y qué es malo, tal y como la lamentación de Menéndez Pelayo demuestra. Si esta subjetividad se ha vuelto una obviedad para Menéndez Pelayo en el caso del *buen gusto*, y no en el de *razón* o *erudición*, quizás sea sencillamente por la visibilidad del adjetivo *buen* dentro del sintagma. Sin embargo, la oposición intelecto-sensibilidad es estructuralmente equivalente a la del bien y el mal, y la historia lexicográfica muestra una auténtica cercanía entre el gusto y la razón. ¿Es la ausencia de adjetivos en el término *razón* la que permite la confusión ahistórica del filólogo? Y, ¿quién habrá sido el que extendió el ámbito de apreciación sensible racionalista de la

Ilustración al mundo entero, al ámbito de las universidades, el conocimiento y necesariamente a los catálogos? Esto es una pregunta retórica, pero ¿cómo no relacionar la fundación de la Razón del siglo XVIII con la del buen gusto? Si en el siglo XVIII por *buen gusto* se entiende la «capacidad para discernir lo mejor», la «afición al saber» (Álvarez de Miranda 1992, 504) y en el año 2018, como la RAE señala, se entiende por *razón* la «facultad de discernir».

Álvarez de Miranda, lexicógrafo que, además de ser uno de los mayores expertos en la historia léxica de la Ilustración española, ha escrito lamentables diatribas contra las iniciativas lingüísticas antipatriarcales¹¹, refiere que para los ilustrados «[el buen gusto] es necesario para la adquisición de las ciencias», y que el discernimiento intelectual que supone el buen gusto «no es [una capacidad], lógicamente, caprichosa [...] sino que está sujeta a reglas y leyes» y «se adquiere y perfecciona mediante el estudio y la lectura» (1992, 502). El buen gusto supone razón y supone conocimientos enciclopédicos. Por llevar hasta los últimos extremos este agujero: ¿cuánto de préstamo semántico o de, sencillamente, zona poliléxica y monosémica podemos encontrar en lo que va del XVII al XX en el paso o permutación del *buen gusto* a/en la *razón*?

El aparato discursivo de las bibliotecas, menos elocuente que las palabras clave de la modernidad ilustrada, y en todo caso secundario y derivado de estas, no deja de tener efectos aniquiladores sobre los textos que las batallan o dejan de lado, así como sobre los lectores que buscan estos textos. ¿Cómo enfrentarse a la usurpación *gramatical* de la *razón normal* en la gestión de los textos de las bibliotecas? Donde la gramática es el esqueleto invisible de los catálogos, y la *razón normal* la normalización eternizante de las taxonomías de la modernidad, nuestro acceso a los libros depende de cuánto nos sepamos mover en el mundo de la división disciplinaria humanista-ilustrada, un mundo más ilegible hoy que cincuenta años atrás. Las categorías del humanismo ilustrado, mientras se autodestruyen en los libros, se han perpetuado en la estructura que permite su acceso ciudadano y universitario.

3. LENGUAJES CONTROLADOS: DISPOSITIVOS MEDIADORES EN LA BIBLIOTECA CONTEMPORÁNEA

«Lingüística Documental» es uno de los nombres de la ciencia que media entre libros y lectores, y puede definirse como una «disciplina

11. Véase ÁLVAREZ DE MIRANDA (2012).

teórico-práctica que se ocupa del problema que plantea el almacenamiento racional y ulterior recuperación del contenido analítico de cualesquiera documentos» (Izquierdo Arroyo 1990, 37). Como teoría descriptivista (*i. e.*, que entiende que las condiciones de verdad de un texto dado se enuncian en su representación) y antihistoricista dice partir de, y confeccionar, los «lenguajes documentales»: esto es, un banco de términos que serviría para determinar las «materias» de las que «tratan» los libros de las bibliotecas. El término *lenguaje* es una metonimia extremadamente equívoca para este caso, pues esconde la verdadera finitud por la que militan los lenguajes documentales y, en particular, las LEM, que formarían parte de lo que se conoce, en sub categoría de lo que categoriza, como «lenguajes controlados»¹². Esto es señalado e inquietante: aunque los lenguajes documentales remiten a repertorios léxicos, al denominarse «lenguaje», ambiguan su finitud. De este modo, viven en conflicto abierto con la polisemia, la antonimia y la sinonimia, buscando, frente a estos *caos*, la normalización. Los lenguajes documentales son repertorios léxicos controlados y artificiales, hechos a partir de «lenguas naturales» (*i. e.*, nuestras lenguas estandarizadas, como el español de la RAE).

¿Dónde está el problema? Significante-significado de un instante sincrónico eternizado, del mismo modo que la idea de lengua estándar, el proceso que se conoce como «normalización» en los lenguajes documentales pasa por la asunción acrítica de la herencia terminológica y epistemológica del siglo XVIII, pasada por la trituradora de la modernidad capitalista y cientificista de los siglos XIX y XX. Con estos repertorios, sus regímenes de verdad. Por esta regla, si «poesía española», una materia posible de un catálogo digital, pasase de significar «poesía hecha en el Reino de España» a «poesía cuyos autores afirman ser parte de la “poesía española”», moviendo la agencia de nombrar a lxs que escriben, los catálogos *normalizantes* habrían de domesticar ese voluntarismo. Si acaso es eso lo que significa para algunos escritores o escritoras hay, de momento, que omitirlo, por no ser ni normal ni normalizable. La biblioteca somete al libro al calco de algo que se da por hecho¹³: una forma de humanismo racionalista e ilustrado cuyo reparto de sentidos no permite ser cuestionado ni plural.

¿Acaso la biblioteca no ha sido siempre la más fiel sierva de cualesquiera sistemas de dominación? Camilo Franco lo detalla, al hilo del colapso del parque humano (Sloterdijk 2000): «Cabría preguntarse si el servicio que

12. El agente de esta «pasiva refleja» es, claro, la máquina ilustrada y su *endurecimiento* de las «ciencias sutiles».

13. Uso aquí la noción de «calco» como modelo estructural opuesto al rizoma, siguiendo a DELEUZE y GUATTARI.

ésta [la profesión bibliotecaria] ofrece a los usuarios de bibliotecas tiene por incondicional objeto el beneficio de éstos o si, tal como ocurre con los criados que sirven sin chistar a quienes se encuentran de visita en la casa de su amo, tan sólo cumple ordenes bajo un estricto protocolo de amabilidad» (2013, 39). La selección léxica controlada y predeterminada de las Listas de Encabezamientos de Materia parte de tres ficciones fácilmente problematizables¹⁴: la de la univocidad semántica (resultado de la teoría del significado-significante), la de la estabilidad de la lengua (resultado de las ansias estandarizadoras de la sincronía) y la de la independencia de la lengua con respecto a los hablantes (condición implícita de los humanismos universalistas). Con todo, el carácter endeble de estas imposiciones no ha evitado sus efectos de verdad, cuyo resultado en las bibliotecas, aunque sobrepasa al dispositivo mediador de los catálogos, es el de un régimen mediador semi autónomo (el *usuario* puede tener una relación íntima con el catálogo sin otro humano de por medio), lo cual resulta en el bloqueo de numerosas lecturas menores.

Puede que el anclaje de las bibliotecas a un humanismo ilustrado contrario a las condiciones plurales de nuestras investigaciones se hubiera hecho ostensiblemente insoportable de ocupar otro lugar menos *de paso* en la academia. A las bibliotecas entran libros explícitamente contrarios o exteriores a los discursos de este humanismo. Poco importa que entren si quedan invisibles tanto en guías docentes como en catálogos. Los catálogos contemporáneos cuentan además con la ventaja perversa de partir de una sofisticación que oculta su condición contingente e histórica: han pasado a formar parte de la *gramática*. Al formar, junto con título y autor, el esqueleto de búsqueda de los textos, los encabezamientos de materia simulan existir fuera de la ambigüedad semántica, escapando a lo propio de todo lenguaje: que la comunicación requiere de una recepción que es lectora (interpretativa) y que dichas lecturas se realizan desde lugares específicos y diversos (provocando la consecuente diversidad). Los encabezamientos, como la gramática, fingen no haber sido hechos sino pre-existimos: sería «ingenuo», nos dirán, querer cambiarlos o cambiarla –parfraseo a Álvarez de Miranda en *El País* (2012)–. Como si el vocabulario que media entre el lector y los libros fuera «por defecto», así como habría de serlo la idea de que en el género gramatical *-as* es para mujeres y *-os* es para hombres: *simplemente es así*, se dice. Lo «por defecto» incluye todo un orden dado,

14. Y ampliamente problematizadas, en cualquier caso, en relación al positivismo lingüístico que defiende estas ficciones, tanto desde la teoría crítica como desde la sociolingüística crítica o la antropología lingüística.

capaz de definir todo lo venido y por venir, y en un catálogo obliga a suponer que el sintagma «poesía española» o el sintagma «política lingüística» comprenden tanto a lxs que creen en las versiones dominantes del sintagma como a lxs que, en realidad, se oponen activamente al significado que dichos términos toman en la hegemonía socio intelectual. ¿Es *por defecto* hablar de «poesía española», «arte romántico», «enfermedad de transmisión sexual»? Obliga el catálogo a que en efecto lo sea.

La Lingüística Documental, en su búsqueda por construir consensos terminológicos, supera con mucho a los criterios nacionalistas –en efecto imposibilitando penetrar en sus diferencias constitutivas más allá de lo anecdótico, pese a que sus materias afirmen creer en ello. Su propósito es resolver el «problema» de la clasificación y recuperación del contenido de los textos «mediante agentes cualificados y especializados que se sirven sistemáticamente –corporativa e institucionalmente y en régimen normalizado– de unos medios semióticos llamados lenguajes documentales» (Izquierdo Arroyo 1990, 36). Desde un punto de vista histórico, las definiciones de esta disciplina se inscriben en la retórica de los absolutos positivistas. ¿Qué será *normalizar*? ¿Acaso una palabra como esta no es únicamente posible tras la implementación del «léxico intelectual pan-europeo» que, como refiere Álvarez de Miranda (1992, 52), se constituye en la Ilustración? García Gutiérrez, sin remitir a ello (en tanto opera dentro de la ilusión sincrónica), exhibe las elecciones histórico-epistemológicas de las que venimos hablando, germen estructural de la actividad mediadora de los catálogos: «[La o]rganización *racional* de los conocimientos y sus soportes y el tratamiento y dinamización del conjunto acumulado de ellos, es lo que entendemos por *normalización documental*» (Gutiérrez 1990, 20).

No se puede dudar del problema que las cantidades de información contemporáneas plantean a nuestras posibilidades a la hora de procesarlas. Sin embargo, en la época de la minería de datos, resulta deliberadamente ignorante confiar en que sintagmas como los que habitan los encabezamientos de materia hoy día, vivos principalmente por insistencia, puedan resolver los problemas de procesamiento que la sobrecarga informativa implica. Al observar los catálogos digitales cabe preguntarse, con Braidotti, ¿por qué son las grandes empresas las que exhiben un enorme potencial creativo en el contexto de la textualización digital de la vida y del conocimiento, al tiempo que el mundo de las letras y las instituciones útiles a ellas languidecen en enfrentamientos *humanismos sí, humanismos no, estos sí y estos otros* más bien *no*? Colectivos de informáticos juegan a mapear los nombres propios de la historia de la filosofía con un algoritmo, mientras los catálogos de las universidades, que contienen los libros de todos esos autores, colapsan si los intentas pensar juntos.

Varias investigaciones en ciencias de la información han dado cuenta de los problemas de las LEM y los lenguajes controlados desde ya hace décadas¹⁵, pero ninguno de los catálogos que he consultado parece haber incorporado cambios al respecto.

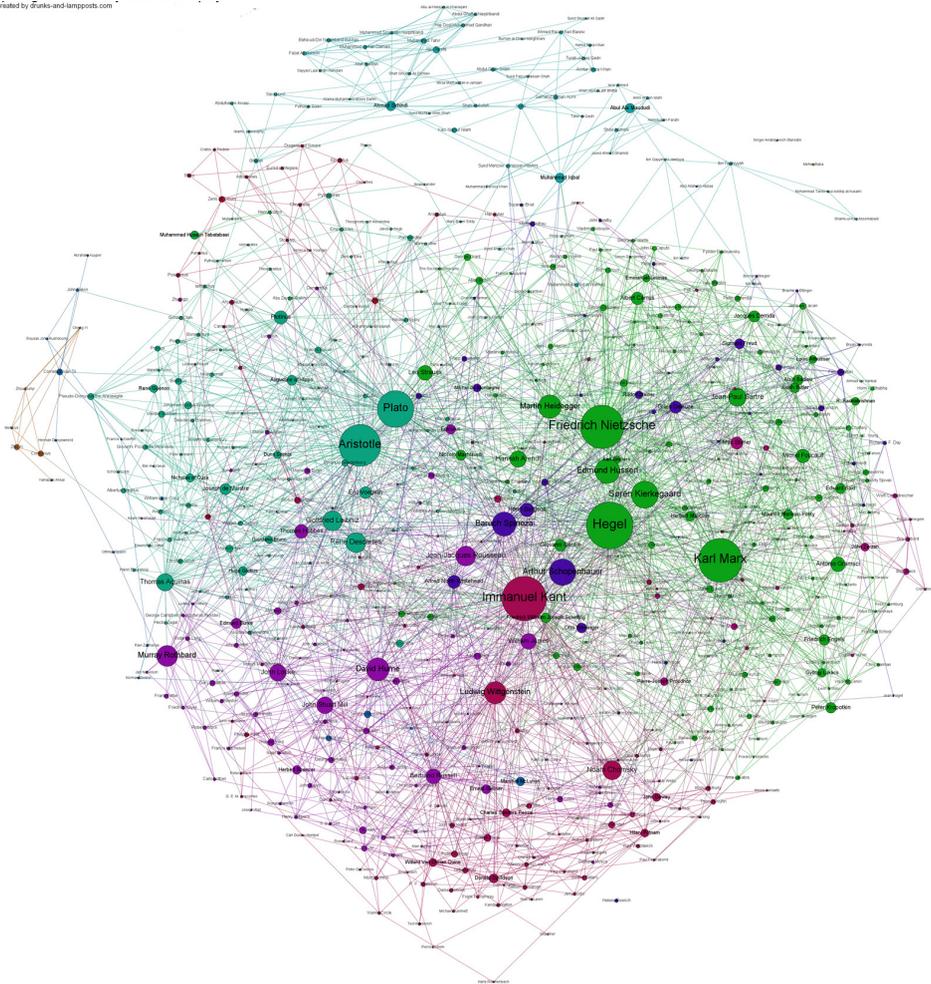


Fig. 1: Coppelia. «Graphing the History of Philosophy»

15. Véase RUCKS (1999), SRIDHAR (2004) y MARKEY (2007).



Fig. 2: Búsqueda de «jameson foucault deleuze benjamin» en el catálogo de la UCM: «[N]o se han encontrado resultados»

4. BÚSQUEDA EN LOS CATÁLOGOS DIGITALES. UCM, PRINCETON, WORLDCAT: ALGUNOS CASOS

Hasta los siglos XVI y XVII, los libros eran a menudo ordenados por su apariencia externa: su tamaño, sus colores, su repujado. Es en el siglo XVII cuando aparece la clasificación de los libros por materias. El siglo posterior, el XVIII, el siglo de las luces, es concomitante a la biblioteca moderna: ella es efecto y sustancia de la Ilustración, y efecto de nuevo de su sustancia especializada. Varios autores han tratado la «bibliomanía» propia de los lectores de la Ilustración, incluido Álvarez de Miranda (1992, 478-482). Los tesauros o *tesoros de palabras* que fueron los diccionarios en el XVII son el precedente de los catálogos coordinados de las bibliotecas¹⁶. Así, lo que ocurre en un libro/texto pasa en ellos a ser *descrito*, y aparece junto con el título y otros metadatos en los catálogos, a través de lo que hoy se llama Listas de Encabezamientos de Materia (LEM): conjuntos controlados de signos (siempre sustantivos o sintagmas nominales) cada vez más sofisticados, pero dependientes de la matriz histórica de la cual surgen (el Estado-nación y el mito de la razón, fundamentalmente). Esta génesis define a los catálogos. Las LEM, ante todo, existen pagando el precio de asumir que los *temas* de los documentos pueden ser representados por un conjunto cerrado de signos.

Según el diseño web de los catálogos, las LEM pueden ser más o menos visibles. Los días 26 de septiembre, 11 de octubre y 13 de octubre de 2016 escribí en el área de materia (o «subject») de los catálogos digitales de la UCM, la Universidad de Princeton y el WorldCat¹⁷, los términos *poesía* (y *poetry*) y *glotopolítica* (así como *glotopolitics* y *critical sociolinguistics*).

16. Como el *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias publicado en 1611.

17. WorldCat no permite la búsqueda por materias, por lo cual solo pude buscar las palabras en modo de «búsqueda simple».

Estos términos han sido escogidos estratégicamente, y ejemplifican especialmente bien el desplazamiento a los márgenes que efectúan los catálogos digitales sobre ciertas textualidades, puesto que:

(i) las formas compositivas de la poesía ponen en graves problemas la propia noción de *materia*: porque, ¿de qué trata un libro de poesía? Las operaciones textuales de la poesía difícilmente pueden entenderse como un «contenido», con lo que la ineffectividad del descriptivismo del etiquetado bibliotecario queda manifiesta;

(ii) dado que el uso del lenguaje que hace la poesía desborda al ordenamiento léxico proliferante, congelado en el estado-consumado del progreso, tanto como desafía al par dado significante-significado, ¿cómo etiquetar a la poesía de manera que esta hable de sí misma? Lo poético tiende a escapar al discurso¹⁸;

(iii) la glotopolítica, por su parte, es un marco de pensamiento lingüístico principalmente marxista, que se opone a la Lingüística positivista, y cuya función de hecho es (si acaso parcialmente) la denuncia de la regulación de la lengua con fines/medios políticos y de la diseminación de ideologías lingüísticas que ocurre por dichos medios.

4.1. *Universidad Complutense de Madrid*

El 26 de septiembre de 2016 escribí una palabra en el tesoro *online* de la UCM¹⁹, por ejemplo «poesía». Cualquiera puede hacer este ejercicio. Estos son los resultados que vuelca la primera página²⁰:

Poesía; Poesia alemana; Poesia alemana-1050-1500, alto aleman medio; Poesia alemana-1500-1700, alto aleman moderno; Poesia alemana-750-1050, alto aleman antiguo; Poesia alemana-Austria;

18. Nótese que manejamos aquí una vaga noción de «poesía» que entiende por tal no necesariamente a cierta masa discursiva de los productos que bajo dicho campo cultural se publican y difunden, sino más específicamente a los procedimientos de expresión e impresión verbal que operan por dentro de las zonas del lenguaje y exceden a la denominación y a la descripción. Los desafíos que asocio a la poesía no son exclusivos a ella.

19. En principio la palabra «tesoro» se refiere a listas de encabezamientos de materia especializadas, mientras que las listas de encabezamiento de materias se enfrentarían con todo lo que consideramos conocimiento. No obstante, muchas veces se utilizan como sinónimos.

20. Las variantes ortográficas *poesía* y *poesia*, con y sin tilde, así como otras palabras escritas sin las tildes propias de la ortografía normativa del castellano en España, se reproducen tal y como aparecen en el tesoro.

Poesía alemana-Autores austriacos; Poesía alemana-Autores suizos; Poesía alemana-Suiza; Poesía amorosa; Poesía árabe; Poesía arabe-Andaluza; Poesía argentina; Poesía austriaca; Poesía azteca; Poesía bereber; Poesía boliviana; Poesía brasileña; Poesía bucólica; Poesía checa; Poesía chilena; Poesía clásica; Poesía colombiana; Poesía coreana; Poesía coreana-Hasta 1500; Poesía costarricense; Poesía cubana; Poesía didáctica; Poesía dominicana; Poesía ecuatoriana; Poesía épica; Poesía epistolar; Poesía erótica; Poesía española; Poesía europea; Poesía experimental; Poesía finesa; Poesía finesa (Sueco); Poesía finlandesa; Poesía finlandesa (Sueco)

¿Habrán maneras de referirse a un libro de poesía que no sea la de su lengua-nación-estado? Aparte de la incorporación cliché del romanticismo (poesía amorosa, poesía erótica) y del respeto por cierta tradición literaria anterior a la Modernidad (poesía épica, poesía didáctica)²¹, vemos poco de aquello que pudiese enfocar la «poesía» desde otro punto de vista (¿quizás el *experimental*?). Pruebo con otra palabra, «glotopolítica». «Glotopolítica» refiere un marco crítico e interdisciplinar que principalmente ha sido aplicado dentro de departamentos de Lingüística y Antropología lingüística (fundamentalmente en Francia, el Cono sur y Estados Unidos) y que agruparía a un conjunto inespecífico de «proyectos de investigación y estrategias de reflexión crítica aliados en torno al deseo de examinar las zonas de la vida social en que se manifiesta la imbricación entre el lenguaje y la política» (Del Valle 2017, 17). Por ejemplo, las representaciones que del lenguaje hace la Real Academia Española se pueden estudiar dentro del marco de la glotopolítica, siendo leídas «ideológicamente en relación con un proyecto político asociado a la construcción de un imaginario nacional español y panhispánico» (Del Valle 2014, 95). «Glotopolítica» ha sido la salida léxica que un grupo de pensadores críticos eligió para reconocer sus trabajos en un ámbito académico que los ignora. Catálogo de la UCM, búsqueda por materias. Resultados: «Glotopolítica; Política lingüística».

En este caso, la palabra que he escrito solo recupera su autorreferencialidad. Ella misma, sin eras, filias o disciplinas afines. El catálogo no sabe de las complejidades del campo al que la palabra «glotopolítica» apunta, o quizás decide omitirlas, así como omite su vinculación factual a departamentos

21. «Didáctica», «erótica» y «épica» son palabras que refieren a géneros literarios de la Grecia clásica, espejo sobre el cual se construyen diferentes tradiciones literarias del Renacimiento. Comprobar si su uso se acomoda al paradigma del humanismo ilustrado moderno o si convive de un modo extraño y temporalmente exterior a él es algo que habría de hacerse, y que, sin embargo, excede a las limitaciones de este trabajo.

de Lingüística. Por obra de decisiones que esconden a los agentes humanos que deciden qué entra y qué no en los catálogos, las webs de las bibliotecas parecen empezar a ser un *algo* con entidad orgánica. Se decide qué merece distinción y qué no, pero todo esto es un secreto para el gran público lector: sólo «el catálogo» y el especialista en glotopolítica conocerán su existencia. ¿Cómo accederá un estudiante de Lingüística –cuyos profesores probablemente sigan la escuela generativista o, con suerte, la sociolingüística descriptiva– al estudio político del lenguaje?

La palabra «glotopolítica» sí está vinculada con el término «política lingüística», pero mientras que en los textos que se vindican parte de la primera el vínculo con la segunda se establece por oposición, en el catálogo la relación es de yuxtaposición, de hermandad. Cuando escribo en el catálogo «glotopolítica», este me dice que «[g]lotopolítica no se usa en el catálogo. Busque por Política Lingüística». ¿Habrán maneras de referirse al análisis crítico de las acciones de normalización terminológica que no sea asimilándolas a (ocultándolas en) las propuestas discursivas de la normalización? La glotopolítica, en manos de aquellos que han decidido llamar así a su tarea, se posiciona ostensiblemente en contra de la «política lingüística». Frente a la glotopolítica, la política lingüística no consideraría críticamente las intervenciones en el lenguaje que negocian el orden social y las identidades de acuerdo a patrones de dominación; en muchas ocasiones es en nombre de la misma que se realizan dichas intervenciones. Y, pese a todo, la cantidad de textos enmarcables en el marbete «glotopolítica» es tan inferior con respecto a los textos que se enuncian desde las «políticas lingüísticas» que la primera queda borrada del mapa en la mezcla de ambas. Queda claro, así, cómo el funcionamiento de los encabezamientos de materia supone aquí una invisibilización de aquellos textos que no responden a un molde previo a ellos, pues se les da como salida una materia que les es antitética: en el caso de la glotopolítica, en términos ideológico-epistemológicos; en el caso de la poesía, en términos estético-políticos. Al fondo del catálogo, la ocultación de conocimientos y formas se funda sobre el mismo movimiento de contención.

4.2. *Princeton University*

Es 11 de octubre de 2016. Escribo en la biblioteca de Princeton, en su búsqueda por materias, la siguiente palabra: «poetry». Su primera página vuelca estos resultados:

Poetry–15th and 16th centuries (2) Poetry–16th century (4) Poetry–16th century–History and criticism (2) Poetry–16th century–History

and criticism–Congresses (1) Poetry–16th century–Miscellanea (1) Poetry–17th century (3) Poetry, 17th century (1) Poetry–17th century–History and criticism (1) Poetry–17th century–History and criticism–Congresses (1) Poetry–1868- (1) Poetry–18th century (8) Poetry–19th century (55) Poetry–19th century–Criticism and interpretation (1) Poetry–19th century–History and criticism (6) Poetry–19th century–Periodicals (2) Poetry–20th century (122) Poetry–20th century–Bibliography (1) Poetry–20th century–Bibliography–Catalogs (1) Poetry–20th century–Collections (1) Poetry–20th century–Congresses (2) Poetry–20th century–Criticism and interpretation (1) Poetry–20th century–History and criticism (40) Poetry–20th century–History and criticism–Congresses (1) Poetry–20th century–History and criticism–Handbooks, manuals, etc (1) Poetry–20th century–Illustrations (1) Poetry–20th century–Illustrations–History and criticism (1) Poetry–20th century–Literary collections (1) Poetry–20th century–Nicaragua (1) Poetry–20th century–Periodicals (29) Poetry–20th century–Translations into English (4) Poetry–20th century–Translations into English–Periodicals (1) Poetry–20th century–Translations into Spanish (1) Poetry–21st century (80) Poetry–21st century–Collections (2) Poetry–21st century–History and criticism (8) Poetry–21st century–History and criticism–Handbooks, manuals, etc (1) Poetry–21st century–Literary collections (1) Poetry–21st century–New York (1) Poetry–21st century–New York–Buffalo (1) Poetry–21st century–New York–Buffalo–Translations into Spanish (1) Poetry–21st century–Periodicals (6) Poetry–21th century (1) Poetry–Addresses, essays, lectures (2) Poetry–Aesthetics (4) Poetry–Aesthetics–Congresses (1) Poetry–Africa (1) Poetry–African authors (1).

Cabe destacar en primer lugar lo problemático de pensar la poesía en divisiones marcadas a través de sus siglos (problema que supera a la necesaria limitación de estas páginas). Más adelante, navegando en las páginas de resultados que responden a «poetry» dentro del catálogo, se encuentran una diversidad de términos asociados a la palabra poesía mayor que la del catálogo anterior. Por ejemplo: «poetry and the arts», «poetry and the internet», «poetry – appreciation», «poetry – authorship», «poetry – editing». Partiendo del avance manifiesto en torno a la inclusión de materias y diversidad de enfoques en las Humanidades de las universidades en los Estados Unidos (abundantes en departamentos de estudios culturales, estudios africanos, estudios de género, estudios de las religiones, etc.), es lógico que su catálogo lo refleje. Huelga señalar que esta proliferación terminológica en muy pocos casos describe o etiqueta propiamente a los libros de poesía.

Tiende, en cambio, a referirse a los estudios sobre poesía, mostrando con ello la exterioridad que los textos poéticos mantienen con respecto de los catálogos.

En «Terror anal» (2009), Preciado señaló a la posibilidad de construir desde la teoría *queer* una posición lingüística *anal*, que se constituiría manifiestamente en disidencia y subversión contra el estatuto biopolítico privilegiado de los llamados «órganos sexuales masculinos» y sus repertorios léxico-semánticos. En relación a la mediación terminológica que encontramos en los catálogos, cabe plantearse si ampliaciones como «poesía e internet» o «poesía – edición» pueden por sí mismas producir una renuncia al ordenamiento estatal de las clasificaciones de poesía más habituales (siendo, en este caso, parte del *lenguaje anal* propuesto por Preciado, véase apartado 4) o si acaso suponen una rama neoliberal de la proliferación léxica de lo consumado: reincorporación de lo que mezclado impuro puede reclasificarse como distinción que conviva sin conflicto con las distinciones que lo antecedieron. Estas etiquetas, como el capitalismo cultural, abren el campo, pero no contradicen ni renuncian al criterio dominante de organización poética y cultural, el espacio (nación) – tiempo (siglo). ¿Se podría organizar el acceso a la poesía de otra manera? El país de origen de un/a poeta no ayuda necesariamente a descubrir sus textos; el siglo, por su parte, sirve para hacerse una idea solo en relación a tendencias y cánones que el borramiento de la memoria a favor de la Historia produce en complacencia con un sistema dado.

Escribo «glotopolitics» en el catálogo de Princeton. Los resultados son:



Fig. 3: «Glotopolitics» en el catálogo de Princeton: «Your query “glotopolitics” would be here».

No existe. Escribo «critical sociolinguistics» porque la palabra «glotopolitics» no pertenece a la tradición terminológica sociolingüística anglosajona. El catálogo dice:

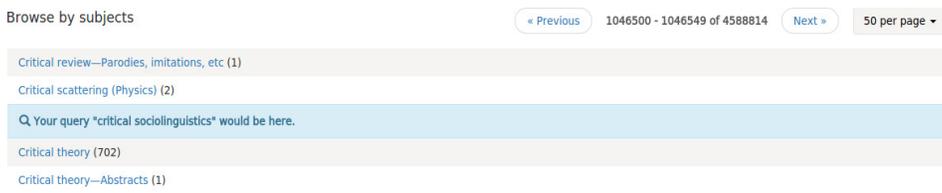


Fig. 4: «Critical sociolinguistics» en el catálogo de Princeton: «Your query “critical sociolinguistics” would be here».

Tanto «glotopolitics» como «critical sociolinguistics», al haber sido materias excluidas o desconocidas para el catálogo de la universidad, solo son accesibles a los estudiantes de tres formas: (1) por bibliografías externas alcanzadas por algún azar de internet o de un paseo por los pasillos de la biblioteca física; (2) por medio de algún profesor que tenga cierto conocimiento de la materia (lo cual es improbable tanto en España como en Estados Unidos, debido a su marginalidad disciplinar); (3) a través del catálogo, solo si es que algún texto contiene esta palabra en su título (en el caso del catálogo de Princeton, hay cuatro libros que tienen esta palabra en su título). Estas búsquedas muestran el uso paupérrimo que de las tecnologías textuales de computación se está haciendo a la hora de organizar el conocimiento libresco, incluso allí donde los recursos podrían sin duda invertirse en ello, como es el caso de las universidades de la Ivy League.

4.3. *WorldCat*

WorldCat es un catálogo online que reúne los catálogos de la gran mayoría de bibliotecas universitarias, nacionales e institucionales del mundo. Hoy es 13 de octubre de 2016. Escribo la palabra «poetry» en el catálogo. Me encuentro con el primer problema: este catálogo no permite ver las listas de encabezamiento de materias. Por ello, solo puedo acceder a los resultados en general: salen más de un millón cuando escribo en «tema» (materia) la palabra «poetry».

Escribo la palabra «glotopolítica» y la palabra «glotopolitics» en el campo de materia. El mundial WorldCat solo recupera diez resultados. Todos son artículos de revistas, de los cuales uno está repetido tres veces y los otros dos, dos veces (es decir, son seis artículos en total). Es fácil deducir que esta etiqueta ha sido asignada por lxs autorxs de los artículos, por medio de esa sección de la primera página de un artículo académico llamada «keywords» o «palabras clave». Al comprobar algunos de los resultados, se

puede observar que esta hipótesis es cierta. Además, el catálogo de nuevo relaciona «glotopolitics» con «Language Policy».

Las búsquedas de «poesía» y «glotopolítica» en estos catálogos muestran algo importante: que es más fácil descubrir y acceder a la mayor parte de las lecturas menores utilizando Google que buscando en los catálogos digitales. La empresa adelanta a la institución, de la cual a partir de entonces la institución depende para mantener sus rankings de éxito intelectual. Si un lector escribe «glotopolítica» en Google obtendrá resultados que están justamente relacionados con aquellos agentes que usan y escriben desde este término; si, por intentar salir del canon de poesía española, escribe en el catálogo de Princeton «poesía marginal siglo XX España» obtendrá como resultado un libro que trata sobre bandidos en América Latina y no sobre poesía española; al escribirlo en el catálogo de la UCM obtendrá 3200 resultados de todos los siglos y lugares (a veces sobre poesía, pero no por lo general). Al escribir esto mismo en Google, dependiendo del uso que haga de las comillas, obtengo resultados que, sin ser muy precisos, levantan una nómina de textos contrarios a la «poesía de la experiencia» hegemónica en España desde los años ochenta, o una nómina de textos cercanos al «postismo» (vanguardia de tipo surrealista de la posguerra); en fin, un lugar por donde empezar un itinerario de lectura emancipado/r. Esta experiencia de autonomía lectora no tuvo vías por las que acontecer en los catálogos de papel de las bibliotecas, ni tiene por el momento vías en sus catálogos digitales.

5. LÉXICOS *ANALES* Y MOTORES DE BÚSQUEDA

¿Cómo saber si aún tienes ano? ¿Cómo escribir con el ano (en caso de que aún lo tengas)? ¿Qué podemos aprender del ano? ¿Cómo hacer la revolución anal? Busca (Preciado 2009, 149).

Como «algunos órganos gozan de un estatuto biopolítico privilegiado» (Preciado 2009, 149), algunos términos gozan de un estatuto glotopolítico privilegiado en el campo del saber en general y muy particularmente en las bibliotecas. Preciado aplica el término *lenguaje* al dominio del léxico y de las estrategias discursivas *anales*: pese a la reducción de la palabra «lenguaje» al léxico, la desterritorialización del léxico hacia lo anal marca, y hace posible, la lucha contra la univocidad discursiva propia del humanismo ilustrado. Así, los *léxicos anales* aparecerían vinculados con saberes-discursos situados, y el significado de sus sustantivos no tendría referentes

exclusivos. Tal y como un dildo incluye diferentes materiales, formas, consistencias, ángulos en el cuerpo, etc. (Preciado 2000); del mismo modo que un ano no se circunscribe a un orificio dado en una parte ya establecida del cuerpo, siguiendo a Preciado; la referencialidad inequívoca de los términos del humanismo ilustrado muta por medio de los léxicos anales en devenir y diferencia. Sin embargo, ¿cuál es el léxico anal exactamente? ¿Puede encontrarse?

Preciado escribe con pasión sobre el lenguaje anal y el saber anal; no obstante, las posibilidades sobre lo que este lenguaje y este saber sean quedan abiertas. La metáfora que cabe en el adjetivo *anal* no es solo la de la *literalidad* de todo lo homo y todo lo *queer*, con sus conocimientos y sus léxicos, sino que se amplía a la posibilidad de contemplar como conocimiento y/o cultura todo lo que desde el privilegio y el *establishment* se lee como injuria o injurioso –se trae también, en la apertura anal, la necesaria descomposición y obsolescencia de las oposiciones binarias del humanismo ilustrado–. Palabras como «significado» no resultan necesariamente claras en la revolución anal. A favor de espacios menos asfixiantes para vivir en la lengua, la revolución anal es un gesto de tipo deconstructivo, que rompe la teleología terminológica de lo revolucionario teorizada por Kuhn.

Lo lingüístico anal reconecta las palabras, descompone las frases, rompe la falacia de la sincronía: produce una reconfiguración del orden lexicográfico dentro de un texto dado. El movimiento de descomposición, ruptura y desconexión de lo lingüístico anal consiste en un devenir constante, esto es, en la no-fijación mediante una tradición léxico-discursiva. Lo lingüístico anal se desliga de las prácticas de repetición que instauraron etiquetas clasificatorias fijas. Desde este punto de vista, las diferentes instancias normativas que puedan irse dando en un devenir-*queer* de las materias han de ser contempladas como instantes operativos.

Con el advenimiento de las masas textuales de internet, el lenguaje anal se extendería hasta una opacidad-polivocidad semántica desconocida en el mundo letrado. El uso del adjetivo *anal*, insisto, es así más político-simbólico que referencial: refiere todas las otredades desde las que se escriben todos los otros lados tipográficos –en ellas, a los niños y las niñas, a los híbridos, a los que no se sabe lo que son, y quizás hasta a lxs que se roban el nombre de «pobres» y presumen significar en la palabra *puta* «una niña también de buen rollo [...], que es muy lista»²². Comentarios de *youtube*,

22. ¿Y cómo negar, en cualquier caso, la posibilidad de que así sea? Si de hecho, más allá de que el que lo enuncia lo cumpla o no, es lingüísticamente posible un lecto en el que

snapchats, instagrams... son instancias *anales* para el intervalo temporal 2015-2019. Pero no son *anales per se*: no contienen una esencia deconstructiva de tipo alguno, lo cual sería incompatible con el movimiento de la deconstrucción, sino que operan deshaciendo un orden dado en su hacer otro. Su movimiento implica no poder concebirlos como dispositivos fijos destructores del orden letrado. Lo lingüístico anal, así, no se concibe desde el estado consumado y, por tanto, su referencialidad es tenue y variable.

¿Por qué ninguno de los matices discursivos, epistemológicos y políticos de lo lingüístico anal están en los catálogos de las bibliotecas? Desde un punto de vista técnico es incomprensible. Podríamos seguir hasta el infinito con ejemplos de búsquedas similares a las del apartado anterior. Desde los años noventa se han identificado los problemas y las experiencias negativas de la búsqueda por materias²³, se ha señalado incluso desde las propias ciencias de la información que nombrar no es un proceso claro y sencillo, y que existen grandes desacuerdos entre aquellos que nombran²⁴.

Las posibilidades de la era digital (una era que, recordemos, es inconcebible sin las masas textuales: ellas la definen externa e internamente)²⁵ son una realidad que se ha explotado de acuerdo a los intereses del capital fuera de la mediación lector-libro. Los *corpora* lingüísticos ya no tienen sentido sin ordenadores, las universidades programan talleres de humanidades digitales, Gmail organiza nuestros correos sin preguntar, los algoritmos ofrecen un despliegue visual del conocimiento que supera con creces la complejidad alcanzable analógicamente. Los autores más famosos del conceptualismo norteamericano²⁶, movimiento literario que se ha concebido precisamente desde las posibilidades de la expansión textual manifiesta en internet, se han dado cuenta como nadie dentro de las humanidades del desborde textual que ocurre por medio de nuestras pantallas –si sus obras optan más por mostrar la homogeneidad de ciertas expresiones y formas lingüísticas de internet que por buscar la heterogeneidad apabullante que en este también se alberga, esto ha de entenderse como una decisión selectiva de los autores–. Resulta, en fin, en todo este contexto, difícil encontrar causas, más allá de la elección político-epistemológica a favor del estatismo

las palabras machistas fueran usadas no machistamente. Véase OCAMPO CEA (2015).

23. Véase LARSON (1991), que ya detecta los fallos en las búsquedas y el hartazgo general de lxs lectorxs con las materias.

24. Véase COLLANTES (1995).

25. El poeta e investigador norteamericano Kenneth GOLDSMITH ha trabajado en esta formulación a través de diferentes proyectos, como *Wasting Time on the Internet* (2016).

26. Entre muchos, podemos destacar a Kenneth Goldsmith, Vanessa Place o Robert Fitterman.

lingüístico-semántico, que expliquen la inoperatividad de la mediación lector-libro que pervive en los catálogos.

El reconocimiento óptico de caracteres (OCR) es una tecnología de reconocimiento de letras tipográficas que permite la búsqueda alfabética en los textos. Digamos más: ¿acaso no permitiría que el catálogo fuera la propia *materia* verbal de un texto? O más concretamente, al menos, ¿no permitiría que el catálogo fuese el alfabeto mismo de un texto, sus *palabras grafemáticas*? Específicamente, el OCR opera con aquello que muchas veces se entiende como transcripción del lenguaje, y es una tecnología que, con sus imperfecciones, permite al lector contemporáneo encontrar textos valiosísimos por medio de Google Books. Con todo, no hay que caer en la trampa de considerar a los motores de búsqueda la panacea que salvaría a los catálogos digitales, puesto que estos guardan tanto manuscritos como textos en sistemas de escritura diferentes al alfabeto latino, entre otras muchas materialidades diversas. Pese a no ser una panacea definitiva, no obstante, el OCR soluciona muchos de los problemas derivados del léxico humanista en los contextos de las periferias intelectuales occidentales. Por otro lado, el reemplazo de los catálogos por los motores de búsqueda se ha efectuado ya –si no total, sí parcialmente–. Pero, ¿por qué estos sistemas de búsqueda ofrecerían una ventaja clara para las lecturas de literaturas y usos lingüísticos menores y para la actualización de los conocimientos?

No se trata de enarbolar una defensa del OCR, sino de contemplar las posibilidades que abre, y que por el momento siguen cerradas, para el mal de los lectores que buscan en los catálogos. La búsqueda «caudalosa» que posibilita el reconocimiento de caracteres concede existencia a las palabras y grupos de palabras que no son comunes (Lancaster 1989), o a palabras que quizás son comunes dentro de los textos pero no en la lengua normalizada de los catálogos. Asimismo, hace posible que, como autores, escribamos nuestras letras por afuera de la ecuación de visibilidad del léxico paneuropeo del humanismo ilustrado, y que como lectores encontremos las palabras de aquellos que desde las afueras han escrito. Y no solo eso, sino que también hace posible la desacralización de la ortografía²⁷, es decir: permitiría la búsqueda de agrupaciones de caracteres que no son dominantes en el mundo letrado, y con ello la aparición de cierta desestandarización ortográfica dentro de las humanidades –proceso reinscribible en los lenguajes anales, por cuanto de injurioso tiene para los modos actuales de generar conocimiento y de distinguir entre alta y baja cultura–. Por otro

27. Si bien efectiva en internet, esta desacralización es fantasmática en los textos de las Humanidades y del mundo letrado en general.

lado, el OCR permite algo tan práctico como buscar fragmentos de palabras: por ejemplo, «psicoanal» en lugar de «psicoanalítico» o «psicoanálisis».

Ante las visiones apocalípticas de la avalancha textual del *infoglut*, ante la imposibilidad de encontrar lo particular en medio de la masividad que traería el cambio formal en los catálogos digitales hacia el OCR, opongamos la operatividad actual de un recurso privado y privatizador Google, cuyo triunfo con el OCR es innegable (si bien apunta a un tipo *diferente* de *apocalipsis*), opongamos en general el uso de las tecnologías a favor de unas humanidades que destierren las taxonomías de los catálogos. Opongamos, en fin, la complejidad de la escritura y de la libertad de las relaciones lenguaje-conocimiento, que no apuntan a otra cosa que a la necesidad de investigar por fuera de lo ya-dado. A la organización taxonómica de los catálogos se oponen, de facto, los diferentes métodos de minería de datos por medio de los cuales tanto corporaciones como gobiernos vigilan a sus sociedades. Esta complejidad de lo cibertextual es negada a los «usuarios» y «usuarias» de bibliotecas. Los catálogos determinan un *uso* de los textos, previa invisibilización textual, que implica un activo ocultamiento de las exterioridades discursivas que, en cambio, son leídas en aras de determinar nuestras prácticas y gustos no letrados. Al agobio y la asepticidad de las cantidades textuales se podría oponer un uso agentivo y no paternalista de las herramientas de búsqueda en los catálogos digitales, pero esta opción no se ha elegido hasta ahora.

6. VIRTUALIDAD VERBAL Y ANALFABETIZACIÓN DIGITAL

En las materialidades y caminos que toman los catálogos, como vengo diciendo, se halla un régimen de dominación discursivo cuya paradójica idea del cambio histórico es el progreso consumado, donde el cambio histórico aparenta darse en el *ser* y no en el *hacer*, para lo cual se recurre, sin solución de continuidad, a una proliferación léxica infinita a partir de unos conceptos base. ¿Dé qué modo podría un dispositivo mediador lector-libro adaptarse a sus presentes y situarse entre los lectores? La paradoja lexicográfica por la cual las palabras clave de las humanidades operan como realidades autónomas y consumadas no parece funcionar.

Si escribo «Jameson Foucault Deleuze Benjamin» no obtengo ningún resultado en el catálogo de la UCM, y tan solo un resultado en el catálogo de Princeton. Lo escribo en Google y salen algunos manuales de teoría crítica y algunos *papers*. Quien sabe de computación puede relacionar mucho más mundo de lo que investigadoras como Braidotti llaman «post-humano». El hecho de que no exista una materia en el catálogo de Princeton llamada

«Spanish experimental poetry» me empuja únicamente hacia los libros que tengan tal sintagma por título, al igual que ocurre con «glotopolítica», al igual que ocurrirá con todo lo que se salga de los calcos de los sintagmas del humanismo ilustrado y sus fractalizaciones.

Lo que podría el libro y el texto sin el catálogo, lo que contiene en él o contendría de catálogo en nuestra era textual (textual a pesar de visual, y visual gracias a textual): OCR. En el OCR empiezan las posibilidades de reconfiguración de la mediación entre los textos de las bibliotecas y los lectores. Ocurriría la mediación por la lengua textual, y no por los léxicos controlados y precoordinados propios de la Lingüística Documental. No sería poco lograrla y, sin embargo, hay algo que se puede recordar antes de reducir la lengua a la escritura *impresa*, y es que el humanismo, en el sentido lastroso que refiere Sloterdijk y que aquí apoyo, es un producto de la «secta de alfabetizados». El alfabeto romano es solo uno de los grafismos posibles a la hora de escribir. No me refiero, únicamente, a la existencia de otros sistemas de escritura (hay, por ejemplo, matices y dimensiones semánticas en los ideogramas inalcanzables para un alfabeto fonético), sino también al hecho de que un sistema de escritura alberga posibilidades infinitas de variación, divergencia y conflicto. También, así, se pierden matices en la reducción del alfabeto romano a su versión tipográfica; en la reducción del sonido a un sistema de escritura, cualquiera que sea este. Donde pudiéramos haber encontrado «memorias e historias», «delirios y erratas y faltas y tartamudeos», encontramos una superficie uniformada:

El modo letrado nace o va naciendo en contraposición o superposición a, y elisión de, una escritura aletrada arcaica –que es también durante siglos coétanea– que marca sus formas sobre el decurso oral o sobre grafologías de constitución más intrincada (pictografías, ideografías, cuneiformes, danzas...). La tecnología alfabética va poco a poco descorporeizando la inscripción, volviendo «silenciosa» a la lectura y ordenando el espacio de la página en un «índice alfabético» horizontal (de izquierda a derecha). Se trata de una progresiva reducción logocéntrica del signo en una letra –del signo resumido en su logos o concepto fuera del cuerpo de inscripción– que tiene efectos en los órganos humanos tanto como en los órganos lingüísticos, o como anotan Deleuze y Guattari en *El Anti-Edipo*: «el ojo se pone a leer», «la voz ya no canta», «la grafía ya no danza». El cuerpo se separa, se desmembra. Se reduce el baile y el rito de la significación a un espacio acotado que es igualmente poderosísimo (Salgado 2013, 49).

¿Es la lucha por la escritura no tipográfica parte de lo textual? ¿Qué haría la mediación OCR en estos casos? Sin duda, hay que preguntarse cuánto de la manuscritura se pierde en la escritura tipográfica, o cuánto de los *temblores de la voz* cabe en los caracteres digitales reconocibles. El alfabeto, al

fin y al cabo, no deja de ser un sistema precoordinado, con su número de unidades determinado de antemano –la gran diferencia con respecto a los lenguajes documentales es que, pese a sus limitaciones con respecto del plano de lo aural y lo visual, su frágil equilibrio no pierde su cualidad de infinito–. Las pérdidas fonéticas y fonológicas en la escritura son innegables; sin embargo, es necesario recordar que las posibilidades de la lectura no necesariamente opacan a las de la escucha, y nada hace sospechar que el OCR genere un régimen textual de menor auralidad que aquel en el que ya *de facto* vivimos. Garantizar que la neutralización sonora que provocan los textos alfabéticos no haga desaparecer las riquezas de lo audible y sus obras es una tarea necesaria.

¿Afectaría una hipotética apertura de la partitura alfabética al sonido, de la uniformidad tipográfica a la mano a la necesariamente limitada lengua del OCR, al orden del mundo que hacemos con nuestros textos tipográficos? ¿O ha de entenderse como una cuestión propia *del arte de superficies* (escribibles, trazables, dibujables) *en general*? La mano humana, el lugar del baile, de los temblores de la voz y del cuerpo, los márgenes de irregularidad de la vida, la pragmática, van a seguir acechando para bien a las mediaciones posthumanas. El riesgo de pérdida de la *lingüística* de lo que, siendo escrito, se ve no-tipográfico; esto es, la potencia de muerte de la manuscritura que la hegemonía de la tipografía desde siempre anuncia, se sigue negociando en cada lectura y en cada gesto de un archivo, museo, institución. Mientras la escritura se vea y oiga (mientras sea escritura); mientras, en fin, se decodifique y no se rompa la posibilidad de leer aquello que, en torno a unas formas de lengua, se materializa no con la voz ni con el teclado, sino con la mano, no habrá manera de cerrar un sistema definitivo para los catálogos. El gesto más importante para unas humanidades que comprendan su presente quizá sea entender esto.

Hace ya siglos que las producciones intelectuales y culturales que se etiquetan fuera de las bellas artes, la música o la performance se difunden de manera casi exclusivamente tipográfica. En relación específica, pues, a las humanidades que de facto acontecen por vía tipográfico-textual, ¿cuánto haría por nosotros una reconfiguración total de los catálogos digitales, una *google-bookificación* de los mismos? Quizás poco más de lo que hace Google, pero muy significativamente desde otro lado –uno que no incluiría, entre otras cosas, la venta de nuestros datos–. Que el *holding* de Google se llame Alphabet no debe interpretarse como casual. El potencial anal de la lengua grafemática de las masas textuales podría suponer una democratización del acceso al conocimiento. Dicha democratización no va a ocurrir sin riesgos si la relegamos a empresas multimillonarias; al contrario, esta habría de corresponderle a los dispositivos que almacenan

textos y libros para sus ciudadanías, estudiantes, etc. La renovación de los mecanismos de los catálogos digitales sacaría de las sombras a todos los libros a los que la mediación actual impide el acceso. El margen de cambio en el conocimiento que puede darse al amparo de la proliferación léxica que ofrece el humanismo ilustrado resulta, como creo que se ha visto y se puede seguir viendo, verdaderamente insignificante, y es desde esa insignificancia precisamente que se ofrece a simular la inclusión mientras practica la invisibilización en los catálogos. Lenguajes anales: descomposición del significante-significado, destrucción de la ficción de sincronía y conexión y reconexión de las realidades asociables a un/os fragmentos *x* del lenguaje. Un poco rizoma. Potencial anal: democratización de la mediación, emancipación, conversión de la mediación a la potencia textual que las propias masas de internet ofrezcan, con todas sus otredades.

REFERENCIAS

Catálogos

Princeton University Library. «New Catalog». Web.
Universidad Complutense de Madrid. «Catálogo Cines UCM-AECID». Web.
WORLD CAT. «WorldCat». Web.

Obras citadas

ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro. 1992. *Palabras e ideas: el léxico de la ilustración temprana en España*. Madrid: Real Academia Española.
ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro. 2012. «El género no marcado». *El País*, 7 de marzo. Web.
ANDERSON, Benedict. 2006. *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
BRAIDOTTI, Rossi. 2013. *The Post-Human*. Cambridge: Polity Press.
COLLANTES, Lourdes Y. 1995. «Degree of Agreement in Naming Objects and Concepts for information Retrieval». *Journal of the Association for Information Science and Technology*, 46 (2): 116-132.
DEL VALLE, José. 2014. «Lo político del lenguaje y los límites de la política lingüística panhispanica». *Boletín de Filología*, 49 (2): 87-112.
DEL VALLE, José. 2017. «La perspectiva glotopolítica y la normatividad». *Anuario de Glotopolítica*, 1: 17-40.
DELEUZE, Gilles y Felix GUATTARI. 1978. *Kafka. Por una literatura menor*. Traducido por Jorge Aguilar Mora. Ciudad de México: Era.

- DELEUZE, Gilles y Felix GUATTARI. 1995. *El Anti-Edipo*. Traducido por Francisco Monge. Barcelona: Paidós.
- DERRIDA, Jacques. 2005. *De la gramatología*. Traducido por Óscar del Barco y Conrado Ceretti. Buenos Aires: Siglo XXI.
- DWORKIN, Steven N. 2012. *A History of the Spanish Lexicon: A Linguistic Perspective*. Nueva York: Oxford UP.
- FOUCAULT, Michel. 1992. *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. 1. Traducido por Ulises Guinazú. Madrid: Siglo XXI.
- FOUCAULT, Michel. 2002. *Arqueología del saber*. Traducido por Aurelio Garzón del Camino. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FRANCO, Camilo. 2013. «Acaso no somos bibliotecarios? El ideal humanista en la profesión bibliotecaria a la luz de las *Normas para el parque humano* de Peter Sloterdijk». *Información, Cultura y Sociedad* 28: 33-50.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, Antonio Luis. 1984. *Lingüística documental: aplicación a la documentación de la comunicación social*. Barcelona: Mitre.
- GOLDSMITH, Kenneth. 2016. *Wasting Time on the Internet*. Nueva York: Harper Perennial.
- HIRSCHMANN, Albert O. 2014. *Las pasiones y los intereses*. Traducido por Joan Solé. Madrid: Capitán Swing.
- HOCQUENGHEM, Guy. 2009. *El deseo homosexual*. Traducido por Geoffroy Huard de la Marre. Barcelona: Melusina.
- IZQUIERDO ARROYO, José María. 1990. *Esquemas de lingüística documental*. 1. Barcelona: PPU.
- KUHN, Thomas. 2004. *La estructura de las revoluciones científicas*. Traducido por Agustín Contin. Buenos Aires: FCE.
- LANCASTER, F. W. 1989. «Natural Language vs. Controlled Language: A New Examination». En *Perspectives in Information Management*, editado por C. Oppenheim, 1-23. Londres: Butterworths.
- LARSON, Ray R. 1991. «The Decline of Subject Searching: Long-Term Trends and Patterns of Index Use in an Online Catalog». *Journal of the American Society for Information Science* 42 (3): 197-215.
- MARKEY, Karen. 2007. «The Online Library Catalog: Paradise Lost and Paradise Regained?». *D-Lib Magazine* 13: 1-2. Web.
- MATE, Reyes. 2006. *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin. «Sobre el concepto de historia»*. Madrid: Trotta.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. 1940. *Historia de las ideas estéticas en España*. Santander: Edición Nacional.
- OCAMPO CEA, Andrea. 2015. «Los gánsters también lloran: una entrevista con Pxxr Gvng». Web.
- PRECIADO, Beatriz [Paul B.]. 2000. *El manifiesto contrasexual*. Madrid: Anagrama.
- PRECIADO, Beatriz [Paul B.]. 2009. «Terror anal: Apuntes sobre los primeros días de la revolución sexual». En HOCQUENGHEM, Guy. *El deseo homosexual*, 135-172. Barcelona: Melusina.
- RAMA, Ángel. 1998. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.

- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. «Razón». Def. *Diccionario de la lengua española*, acceso el 6 de octubre de 2017, <<http://dle.rae.es/?id=VFawIYq>>.
- RUCKS, C. Nicolás. 1999. «Los catálogos en línea de acceso público (OPACs): un estado de la cuestión». *Información, Cultura y Sociedad* 1: 89-99. Web.
- SALGADO, María. 2014. «El momento analítico. Poéticas constructivistas en España desde 1964». Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- SLOTERDIJK, Peter. 2000. *Reglas para el parque humano*. Traducido por Teresa Roche Barco. Madrid: Siruela.
- SOUBEYROUX, Jacques. 1980. «La biblioteca de Campomanes: contexto cultural de un ilustrado». *Actas del séptimo congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, editado por Giuseppe Bellini. Roma: Bulzoni, 997-1006.
- SRIDHAR, M. S. 2004. «Subject Searching in the OPAC of a Special Library: Problems and Issues». *Digital Library Perspectives* 20 (4): 183-191. Web.
- WILLIAMS, Raymond. 2000. *Marxismo y literatura*. Traducido por Pablo di Masso. Barcelona: Península.
- WILLIAMS, Raymond. 2003. *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y de la sociedad*. Traducido por Horacio Pons. Buenos Aires: Nueva Visión.